

encrespase y más de alguno torció la nariz sólo de ver el título. Pero parece que dentro del cuaderno encontraron algo más que criollismo arrabalero, porque el libro fué acogido rápidamente.

Gracias, pues, Domingo Melfi. Vuestras palabras, surgidas una sola vez en el tiempo, van sobre mi conciencia, limpias de doctrina, de sectarismo, de simpatía o antipatía, y aún, si se quiere, de amistad. Como debe ser juzgada toda obra y toda acción.



<https://doi.org/10.29393/At250-132NCRV10132>

«LA NOCHE EN EL CAMINO», por *Ramón Valenzuela R.*

En una de esas reuniones ocasionales que a veces se producen en las calles céntricas de Santiago, un grupo de escritores debatía gravemente sobre la producción literaria. Había allí quien sostenía que en Chile aún no se producía la novela maestra, porque nuestro ambiente no ofrecía los motivos trascendentales de que disponían los escritores de otros países.

Yo que nací ingenuo y de consiguiente impertinente, defecto que no he logrado corregir, apesar de los malos ratos que he debido experimentar y de los muchos que he hecho sufrir a los demás, expresé que a mi modesto entender lo que hacía falta no eran tales motivos, sino una pequeña dosis de talento.

Naturalmente que después de haber expresado tal ingenuidad me sentí arrepentido, tanto más cuando ella me significaba el sacrificar una invitación a comer que con anterioridad me había hecho uno de los maestros que allí pontificaba. Pero a veces ocurre que nos complace más la satisfacción de expresar una idea que sentarnos a una buena mesa. Tal vez dependa mucho de la hora y expectativa.

Por otra parte debo confesar que no conozco sino en parte la producción literaria nacional, y esto en razón paradógica. Conozco a la mayoría de sus autores y confirmando mi ingenui-

dad siempre he esperado que mis amigos me envíen sus obras, cosa que ocurre muy de tarde en tarde. Esto naturalmente tiene su ventajas y desventajas. Cuando se olvidan de mí, me evitan poner a prueba mi buena fe, y después tener que mentir, cosa muy desagradable a estas alturas. Además de esto me proporcionan otro pequeño placer. El no leerlos.

La desventaja es muy relativa. Ellos dicen que yo pierdo mi tiempo y que no me cultivo. Tal vez tengan razón; pero no del todo, porque a veces también pierdo el tiempo en otras cosas que si bien no me cultivan me resultan muy agradables. Esto no significa que la lectura de un buen libro no sea agradable y que para disfrutar de su contenido sea indispensable poseer la cultura que se atribuye el autor, si es que la tiene.

Yo disfruto a medida de mi sensibilidad, leyendo las cosas que entiendo.

Esta afirmación significará una simpleza, pero es precisamente lo que busco en mis distracciones. Las cosas sencillas y humanas, las cosas que me reconcilian con la naturaleza.

Un paisaje árido y desolado, nos constringe, pero esa misma desolación nos conduce a la meditación y en ella constatamos una senda de tristeza, pero de bella tristeza, cuya estructura y conformación, es de una verdad real y humana, que el hombre rara vez logra reflejar en sus obras.

La naturaleza es y será siempre de tal grandeza y perfecta estructuración, que presumir de corregirla, significa caer en profanación e inseguridad. Afortunadamente ella posee ese maravilloso crisol que va iluminando, todo lo falso, lo bastardo e inútil.

Estas disgregaciones, me las ha sugerido la lectura del último libro de Luis Durand, «*La Noche en el Camino*» obra interpretativa de la vida chilena en su aspecto más esencial. Chile es un país de campesinos cuyo espíritu se identifica con su conformación geográfica, y significa para su futuro la mejor reserva de sus fuerzas vitales.

La novela de Durand, no corresponde a ese tipo de libros del cual se dice... Es una obra de aliento. Luis Durand ha escrito un libro en el que pinta con maestría los distintos ambientes y panoramas del paisaje americano, en el cual actúan los personajes con la naturalidad humana a que someten las costumbres y factores propios de cualquiera tierra o clima del mundo. Es en realidad una obra que responde a la calidad y capacidad de un escritor de talento en la plenitud de su conciencia creadora.

En la época que frecuentaba corrillos, oía con demasiada frecuencia, a ciertos mozalbetes en actitud de ratas migajeras, referirse despectivamente a la obra de los criollistas. Según ellos, hacer obra de arte con los elementos de la tierra nativa, significaba mediocridad de concepción. Preferían el arte de carácter universal.

La verdad es que nunca he logrado definir a qué clase de arte se referían. Para mi comprensión, los escritores, pintores, músicos y escultores de cualquier parte del mundo, siempre se han servido para la composición de sus obras de los elementos y motivos que les ofrece el ambiente que los rodea. Pero es lógico suponer que todos estos grandes artistas también vivieron rodeados de esta clase de ratas, que en la imposibilidad de producir algo digno, se complacían royendo melosamente la obra de los hombres a quienes perseguían y adulaban diariamente.

Siempre he creído que el arte es uno solo, y lo producen y lo interpretan quienes nacieron con capacidad para ello.

Durand, como la mayoría de los hombres que han logrado imponer un nombre, viene desde la tierra aguerrida en que la lucha es dura y a veces cruel, cuyos horizontes se pierden en la lejanía del ensueño y apenas sensibles al presentimiento que produce la desolación en los espíritus de rebeldías superiores.

Conozco muy de cerca la tragedia del hombre de la clase media agobiado por la hostilidad pueblerina en donde todo se materializa y la incomprensión adquiere sutilezas de estúpida crueldad.

El autor, como tantos otros, hubo de sufrir este calvario, en el que muchos perecen por falta de oportunidad o estímulo para probar su calidad. Pero hay algo más todavía que merece anotarse. La pureza espiritual de este «gran campesino». Ni la cizaña ni el cardo han logrado jamás arraigo en su corazón. En el peregrinaje por la vida, sólo ha cogido de ella lo bello y amable.

Entre sus múltiples personajes es muy difícil encontrar uno que se destaque por cruel, antipático o bastardo. Todos son seres de cuerpo y alma sencilla que irradian simpatía y humanidad. El escritor los ha creado y formado con amor de padre, con afecto de amigo leal. Los hace buenos e ingeniosos, sobre todo generosos. De ahí, que se sobrevivan y uno conviva con ellos en un ambiente de identificación y cordial simpatía.

Las impresiones personales que se obtienen a través de un libro difieren en el concepto general. Hace poco me decía una muchacha muy leída y despierta. Durand tiene el don de la descripción.—Sí, le respondí.—Y también el don de saber observar los detalles que se les escapan a los trascendentalistas.

En realidad el don de observación de este escritor es admirable. El personaje central de su novela, don Florencio Rosales y su hija adquieren tales relieves y autenticidad en el desarrollo de la obra, que en cada detalle de su actuación uno va identificando al patrón del campo chileno, a ese chileno patriarcal y bondadoso, amo y señor del hogar, caballero hidalgo de su región en la cual su influencia es siempre decisiva. Su hija Carmen, resulta ser la mujer que todos los hombres soñamos encontrar en el transcurso de nuestra vida.

Esa sencillez, esa inteligencia sin ostentación, todo un complemento de feminidad que llevan al lector a concebir celos del afortunado leguleyo que la conquista como compañera de su vida.

El resto de los demás actores de este conjunto de vida creado por Luis Durand nos son tan conocidos que los identificamos

en cada una de sus actitudes o frases. Como podríamos no reconocer al inconfundible Mariano Latorre, a Jerónimo Lagos Lisboa, al inolvidable amigo Domingo Melfi, y a tantos otros personajes que viven y actúan en destacadas funciones públicas.

He dejado para el final de este comentario, uno de los aspectos más pintoresco y escabrosos de «La Noche en el Camino». La pintura que hace el autor de una Casa de Mujeres, elemento tan nacional y conocido por el mundo masculino sin diferencia de castas ni edades. Durand aborda el tema melosamente para luego entrar de plano a la fiesta noctimbula y pecaminosa en que desfilan mujeres de todos los temperamentos. Las hay bellas y románticas, dominantes y calculadoras. Luego la dueña de casa dominando el ambiente y saludando protectoramente a sus íntimos e incondicionales amigos. Entre ellos, algunos graves y puritanos jefes de servicios públicos, dictadores intransigentes en el hogar, pero allí son jovenzuelos díscolos que hacen piruetas para complacer y divertir a las bellas e ingenuas damas. Este aspecto silenciado discretamente por otros escritores lo trata Durand con realidad, sin grosería, con verdadero acierto que confirman sus condiciones de psicólogo y brillante escritor.

—RAMÓN VALENZUELA R.



UN PERDIDO, por *Eduardo Barrios*. Nascimento, 5.^a Edición 1946

Cuando se habla o se escribe sobre la literatura sudamericana es costumbre inveterada citar cuatro novelas cumbres y representativas, cuyos nombres nos negamos a repetir una vez más.

Esa cita, de cliché, a fuerza de repetirse año tras año ha adquirido ya patente de legalidad inviolable, contra la cual parece que fuera profano rebelarse.

Sin embargo, esta vez no podemos acallar el deseo justiciero